

Mis periodistas y libros taurinos preferidos

Por ENRIQUE GUARNER

RECUERDO que durante los cuarentas cuando llegué con mis padres y hermano a México existía una estupenda revista dedicada a los toros que se intitulaba "La lidia", que dirigía Roque Sosa Ferrero. En aquella época lo que más me interesaba eran las crónicas de las corridas que se efectuaban en el ruedo de El Toreo de la colonia Condesa. Pasados los años compré la colección completa de esta publicación, así como de su continuadora "La Fiesta" encontrando en el escritor y médico Carlos Cuesta Baquero, quien se firmaba con el anagrama de "Roque Solares Tacubac", al verdadero erudito y conocedor en Tauromaquia. Sus polémicas con Roberto Rosado "Sagitario" quien además fue mi profesor de inglés, deben entrar al terreno de la inteligencia literaria, cuando cada uno de los beligerantes defendía con encono sus puntos de vista entre el toreo antiguo y aquel que representaba entonces al moderno.

Sin embargo, como La Lidia salía los jueves y yo requería de información fresca sobre lo que había visto o sucedido en la plaza acudía al diario "El Redondel" que circulaba los domingos al anochecer después de la corrida. Su cronista oficial era Alfonso de Icaza "Ojo", quien poseía un estilo personal percibiendo la actuación de los toreros con una inclinación absolutamente nacionalista. Recuerdo que a veces terminaba sus reseñas con una exclamación de ¡Viva México!, la cual provocaba el que mi padre se riera a carcajadas. Además "El redondel" se caracterizaba por ser un periódico familiar y en su columna editorial intitulada "Puyas y pinchazos" se reclamaba a la compañía de gas por no haber llegado al domicilio del codirector Abraham Bitar, o a la de teléfonos porque no funcionaba el receptor de don Alfonso. Estos aspectos privados, particulares y hasta pueriles propiciaban mi deleite cuando ya me transformé en adulto.

Fue por esta misma época cuando comencé a escuchar todos los domingos por medio de la estación XEW el resultado de las corridas a través de la voz de Carlos Fernández Valdemoro, mejor conocido como "Pepe Alameda". Al principio por sus juicios aparentemente imparciales y técnicos me gustaba, pero poco a poco fue degenerando su estilo al no hacer ninguna crítica constructiva cubriendo con metáforas la actuación reprochable de los toreros. En cambio Francisco Rubiales "Paco Malgesto" resultaba simpático en sus crónicas radiofónicas por la personalidad que poseía, aunque tuviera el ostensible defecto de perderse en temas colaterales ajenos a los toros, como amistades, comidas, cantantes, viajes, etc., los cuales trataba con superficialidad.

No guardo en la memoria el momento en que me volví fanático de Carlos León al que leía con fruición y goce desde los años cincuenta. Desde luego que entonces jamás me imaginé que llegaría a sucederle en la crónica de

Novedades, la cual escribo desde que murió en 1981. En realidad don Carlos fue un defensor enconado de la pureza en el toreo, aprovechando sin miramientos todo aquello que no valía o corrompía a la fiesta. Poseía un excepcional sentido del humor y en sus "Cartas boca arriba" dirigidas a los personajes más diversos del mundo y del país trataba los temas más variados que iban desde la política, la economía, las artes, la justicia, etc. Este epistolario resultó codiciado no sólo por los que aman la fiesta de los toros, sino para cualquiera que se apasionara por la vida.

Otro escritor taurino que por esta época me dejó huella fue Carlos Septién conocido como "El tío Carlos", quien era abogado y sabía hacer uso del lenguaje. Su único defecto era el exceso de alegorías en las que perdía la precisión de la reseña.

El paso de los años hizo que adquiriera las revistas taurinas del pasado en México y a través del "Universal Taurino" conocí al ingenioso Rafael Solana "Verduguillo" y mejor todavía a ese autor versado en técnica que fuera Carlos Quiroz "Monosabio". Sus artículos llenos de pasión y nacionalismo tienen que contarse entre los mejores que yo haya leído en Tauromaquia.

Quisiera finalizar esta parte sobre los cronistas taurinos que prefiero citando a los españoles José Sánchez de Neira y Pascual Millán, quienes fueron reflexivos acerca de los toreros del siglo XIX. Más recientemente he admirado a Gregorio Corrochano, Antonio Díaz Cañabate y Vicente Zabala.

¿Como no recordar aquí el primer libro de toros que adquirí? En realidad tuve suerte porque se transformó en uno de los preferidos en la vida. Se trató de la biografía que sobre Juan Belmonte escribiera Manuel Chaves Nogales y la hallé en una de aquellas ferias del libro que se llevaban a cabo junto al Monumento de la Revolución, costándome la enorme suma de un peso. He releído el volumen en varias ocasiones y lo considero como un maravilloso análisis del mayor revolucionario que ha tenido la historia del toreo. Por cierto que Chaves Nogales que viniera a México como refugiado político no era aficionado a los toros.

Poco tiempo después cayó en mi poder "Mis veinte años de torero", la biografía de Rodolfo Gaona por Carlos Quiroz "Monosabio", la cual me gustó bastante aunque se notaba en ella un excesivo partidario amargo convirtiendo al gran espada leonés en una especie de mártir comparable a San Sebastián. No hay duda de que Gaona pasó por multitud de vicisitudes para abrirse paso en España. Pero fue allí donde se consagró y no resulta necesario exagerar sus dificultades.

Otros dos libros que me han gustado fueron el que sobre Ponciano Díaz escribiera Manuel Horta. La forma literaria florida con la que se expone muestra que el autor dominaba bellamente el castellano. También me agradó "El crepúsculo de los dioses" por Rafael Solana hijo "José Cándido" partidario cerrado de Fermín Espinosa "Armillita".

Por falta de dinero tardé muchísimo en comprar lo que los taurinos llamamos "el Cossio", obra fundamental de "Los Toros", que constituye un tratado teórico-técnico. El autor realiza un estudio minucioso sobre el cornúpeto, las suertes de la época y un magnífico análisis de todos los toreros que existieron. Mi entusiasmo llega hasta el cuarto volumen que finalizó don José María Cossio y se desvanece en los siguientes que solamente utilizó para consultar al faltarles la indispensable crítica.

Entre los libros de técnica taurina de mi preferencia está la "Tauromaquia Moderna" por Federico M. Alcáraz, obra inteligentísima, bien escrita con pensamientos críticos esenciales sobre la evolución y mejor forma de ejecutar las suertes básicas del toreo. A la anterior le sigue para mí en importancia "¿Qué es torear?" por Gregorio Corrochano, rica en lenguaje y precisión en lo que constituye el clasicismo. Asimismo admiraré siempre a Domingo Ortega, el más culto de cuantos toreros conocí a lo largo de mi vida. Su libro "El arte del toreo y el toro de lidia" publicado por la "Revista de Occidente" me explica perfectamente mi resentimiento hacia las faenas largas con bucles indefensos, donde no se percibe el dominio del diestro porque el astado se agotó y va por donde le da la gana y no por el sitio que le traza el lidiador.

Entre los más de quinientos volúmenes taurinos que poseo, destacaré tres generales. El primero lo constituye "Los Toros", publicado por Argos en Barcelona con todos los aspectos teóricos y prácticos del toreo, tratados por Antonio Abad "Don Antonio" y Emilio Oliva "Paito". También disfruté frecuentemente de la lectura de "Toro y Fiesta" donde participaron grandes escritores taurinos incluyendo a Carlos León.

En la actualidad consulto constantemente la Enciclopedia en dos tomos que Espasa Calpe dedicó a la Tauromaquia. Creo que es completísima y sus más de 1200 entradas estudian todo lo que debe saber el buen aficionado. Esta misma casa editorial nos ha legado una gran colección de más de 30 libros taurinos entre los que sobresale el de don Alvaro Domecq sobre el toro de lidia con el cual sólo compite el de Filiberto Mira publicado en Sevilla años antes.

Dentro de los volúmenes que reproducen el arte combinado con la fiesta tendríamos que citar desde Goya hasta Picasso, pero mi joya reside en una primera edición que poseo de Ruano Llopis. Cómo olvidar aquí el bellísimo de "Los carteles taurinos" de Espasa Calpe o el de fotografías por Baldomero y Aguayo.

Finalizaré este artículo reconociendo que es difícil hablar de toros sin título oficial y que por ello prefiero leer que escuchar. La razón se deriva de que la técnica es complicada y sutil, por lo que se expone a errores el que opondrá sin la suficiente erudición. Yo he intentado cubrir mi ignorancia repasando los textos fundamentales dando a conocer mis favoritos a través de este artículo.